

APARICIONES EN EL CENÁCULO [304-305]

36ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 49)

Seguimos contemplando pasajes de la resurrección de Nuestro Señor, dice el P. Hurtado:

“Los peces del océano viven en agua salada y a pesar del medio salado, tenemos que echarles sal cuando los comemos: se conservan insípidos, sosos. Así podemos vivir en la alegría de la resurrección sin empaparnos de ella: sosos. Debemos empaparnos, pues, en la resurrección. El mensaje de la resurrección es alentador, porque es el triunfo completo de la bondad de Cristo. Para comprender el papel de un elemento supongamos que eso falta (para saber lo que es el sol, supongamos que no existe: frío y muerte). ¿Qué sería nuestra Iglesia si no hubiera Resurrección? Si terminara el mensaje en el Viernes Santo: Siempre de luto, ¡¡y la duda y el temor del futuro!! Y todos en penitencia desesperante. Porque conocemos bien este misterio, no lo apreciamos bastante. No hay que desesperar: los lazos entre el Salvador y los hombres no han sido rotos. Por eso, se presenta tan luego a Pedro, no para decirle que obró mal, sino para decirle que sigue siendo Jefe del Colegio Apostólico y piedra angular de la Iglesia”¹.

No transcurrió el primer día de la Resurrección, que Jesús quiso visitar también a sus discípulos, **“la tarde del primer día de la semana”** (Jn, 20, 19), ya no individualmente, sino como Colegio apostólico. Los Apóstoles se han juntado por el miedo: **“estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban reunidos los discípulos por temor a los judíos”** (Jn, 20, 19). Él los quiere reunir por el gozo y la alegría de la santa resurrección.

La víspera de la Pasión les había dicho Nuestro Señor, que tenía muchas cosas que contarles: **“mucho tengo todavía que decirlos, pero ahora no podéis con ello”** (Jn 16, 12). Muchas de esas cosas se las enseñará el Espíritu Santo, pero Jesús también quiere seguir enseñándoles cosas hasta su subida a los cielos. Cuando Jesús visita a las almas, siempre deja una luz, siempre deja un fruto.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 315.

Lc 24, 36-45; Jn 20, 19-23; Mc 16, 14 (aparición sin Tomás). Después Jn 20, 24-29 (aparición con Tomás). San Ignacio pone dos contemplaciones [304 – 305]. Nosotros haremos las dos juntas.

2º preámbulo: Composición de lugar

Es el Cenáculo que ya conocemos. Allí se han celebrado los grandes misterios de la Eucaristía y el Sacerdocio, se han vivido las vísperas de la Pasión, y ahora también se concentran las grandes alegrías de la resurrección. Estarían los apóstoles recostados en las esteras², apoyados sobre el brazo izquierdo, como en la última Cena, pero nada de festejos. Ver los rostros abatidos por el temor y por el dolor. Son diez, Tomás no estaba. Pero había, además, otros discípulos: “... **y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos...**” (Lc 24, 33).

3º preámbulo: Petición

Alegrarme y gozarme intensamente. Repitémosla constantemente durante la oración, al ver cómo los apóstoles van recibiendo la gracia del gozo espiritual.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

I. LOS APÓSTOLES CONGREGADOS EN EL CENÁCULO

Cada uno había pasado el día de modo diferente. Algunos salieron a buscar noticias, otros a ver el Sepulcro (Juan y Pedro), otros permanecieron retirados en un rincón. Lo cierto es que a la noche estaban todos reunidos en el Cenáculo y con las puertas cerradas por miedo a los judíos. El hecho de estar reunidos y no estar presente Jesús, quien siempre había sido el centro, el motivo de su estar reunidos, los sumía en una profunda tristeza “**estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo**” (Jn 16, 20). Lo único que recordaban era la primera parte de esas palabras de Cristo: **estaréis tristes...**

Tomás ni siquiera se quería reunir con ellos. Estaba destrozado. Todas sus esperanzas se habían desvanecido con la muerte de Cristo, y era, tal vez el más melancólico de todos, por lo que aún tenía vivo en su corazón el momento del prendimiento de Jesús, y estaría lamentándose por no haber hecho nada. Al menos Pedro le había cortado la oreja a un soldado.

En el incipiente Colegio Apostólico, reinaba la mayor de las confusiones. Cada uno tenía su opinión, discutían, se lamentaban, temían... unos creían, otros no. De los diez, sólo Juan y Pedro ya creían en la Resurrección, pues habían visto el sepulcro vacío; es más, a Pedro ya se le había aparecido. Nuestro Señor. Los demás aún no creían. Era una cadena de

² *estera*. (Del ant. estuera, del lat. storĕa). f. Tejido grueso de esparto, juncos, palma, etc., o formado por varias pleitas cosidas, que sirve para cubrir el suelo de las habitaciones y para otros usos.

incredulidades (los ángeles a las mujeres, las mujeres a Pedro y a Juan; éstos a los apóstoles, los apóstoles a Tomás...)

A la mañana habían oído el testimonio de María Magdalena: ***“Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras”*** (Jn 20, 18). Son locuras de mujer enamorada, no habrá dormido bien. Ella quisiera verlo en cada lugar y quisiera tenerlo en todo momento, ha sido una ilusión, se comprende, pobrecita.

Caía la tarde, y en eso estaban cuando llamaron a la puerta. Todos se asustaron, pero se calmaron al ver entrar radiantes de gozo a los dos que pocas horas antes habían marchado para Emaús. Entraron gritando, llenos de júbilo, y hablaban los dos a la vez, y alborotadamente, como quien quiere contar todo de golpe. Después se serenaron y contaron todo minuciosamente, ***“como les había explicado las Escrituras y cómo lo habían reconocido al partir el pan”*** (Lc 24, 35).

II. PRIMERA APARICIÓN

Aparición a los apóstoles (Mc 16, 14. Lc 24, 36-43. Jn 20, 19-23).

“Mientras esto hablaban, *J* *aquel día, el primero de la semana, siendo ya tarde, y estando cerradas las puertas donde estaban los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, [y] Mc se apareció a los Once cuando estaban a la mesa, se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros. Sobresaltados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Pero Él les dijo: «¿Por qué os turbáis y por qué surgen dudas en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Tocadme y ved. Un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies, J y el costado. Y los discípulos se alegraron con la vista del Señor. Mc Y les reprendió por su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Como siguiesen incrédulos por la alegría y admirados, añadió: «¿Tenéis aquí algo de comer?»». Y ellos le dieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de todos”. (Lc 24, 36-43)*

“Y Jesús les dijo de nuevo: «La paz sea con vosotros. Como el Padre me ha enviado, así yo os envío». Dicho esto, sopló y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonarais los pecados, les serán perdonados; a quienes los retuviereis, les serán retenidos»”. (Jn 20, 21-23)

“Todavía ***estaban hablando de estas cosas, cuando, de repente, estando las puertas cerradas, se presentó Jesús en medio de ellos***” (Lc 24, 37). Según San Lucas, estaban ***sobresaltados y asustados***, pues creían ver un fantasma, como cuando Jesús caminó sobre las aguas. Imaginemos lo que habrá sido, que de repente se aparezca alguien de quien se estaba hablando, en un lugar cerrado -cuatro paredes- y estando las puertas bien cerradas. Todos debieron volver sus miradas hacia las puertas y ventanas, y Jesús en medio de ellos les dijo: ***“Pax vobis”*** (Lc 24, 37) (*La paz esté con vosotros*).

Fulton Sheen dice que solamente a nuestro Señor se le ocurre decir esto después de lo que había sucedido... tendría que haber dicho ***“muchachos: ¡qué vergüenza...!”***

La turbación de los apóstoles dio lugar a toda suerte de muestras de amabilidad por

parte de Jesús. Acercaos, mirad mis manos y mis pies. Nos os contentéis con mirarme, tocadme, que soy yo mismo (leer Lc 24, 38ss).

Juan la hace más corta: ***“Dicho esto les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor”***. No saldrían de su asombro y estarían llenos de contento. *“Como siguiesen incrédulos por la alegría y admirados, añadió: «¿Tenéis aquí algo de comer?»”* (Lc 41). Como para cortar el silencio del ambiente, y de paso mostrarles la verdad de la resurrección con su mismo cuerpo, con el cuerpo con el que en ese mismo lugar había comido con ellos el Cordero Pascual. Le dieron un trozo de pez asado, ***“y tomándolo comió delante de ellos”***.

“La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros”. Les devuelve la confianza, los confirma en su apostolado. Ver también Lc 24, 46.

Allí les confirió el tesoro de la Eucaristía y del Sacerdocio. Ahora les confía otro tesoro, el de la institución del sacramento de la Penitencia. La paz, que es fruto del Espíritu Santo, es también una preparación para recibirlo; por eso les vuelve a decir: ***“Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»”*** (Jn 20, 22-23).

¡Qué impresión debieron producir estas palabras tan solemnes! Habían oído una vez que Jesús daba a Pedro, como príncipe de los Apóstoles, las llaves del reino del cielo, al par que le decía que todo lo que atase en la tierra, quedaría atado en el cielo; y todo lo que desatase en la tierra, quedaría desatado en el cielo. Pero ahora oyen que comunica a todos un poder semejante, que no destruye el primado de Pedro, si bien extiende el poder de los demás Apóstoles hasta lo que sólo es propio de Dios: perdonar los pecados. Pueden perdonar a todos los hombres, pueden perdonar todos los pecados, pueden perdonar siempre. No son vanas las palabras de Jesús. Les acaba de declarar que los enviaba como su Padre le había enviado, y ahora les da una potestad que es esencialmente divina, y se la da de la manera más universal.

Con estas palabras instituyó Jesús el sacramento de la Penitencia. Era la primera visita que Jesús resucitado hacía a los Apóstoles después que todos le habían abandonado en la Pasión. No sólo no les castiga su pecado, sino que les da el poder de perdonarlos a todos.

III. SEGUNDA APARICIÓN

Aparición en presencia de Tomás (Jn 20, 24-29).

“Tomás, uno de los Doce, llamado Dídimos (= Mellizo), no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Él les respondió: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en la llaga de los clavos y mi mano en su costado, no creeré». Ocho días después, estaban nuevamente los discípulos dentro, y Tomás con ellos. Estando cerradas las puertas llega Jesús, se pone en medio y les dice: «La paz con vosotros». Luego dice a Tomás: «Mete tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado. No seas incrédulo, sino fiel». Tomás respondió y le dijo: «¡Señor

mío y Dios mío!». Jesús le responde: «Porque me has visto, has creído. Bienaventurados los que creyeron sin haber visto». (Jn 20, 24-29)

Tomás, uno de los doce llamado Dídimo, es decir el mellizo (Jn 20, 24) no estaba con ellos cuando vino Jesús. Aquí se puede ver de lo que se pierde una persona, cuando se deja llevar por la tristeza y no está donde está la comunidad, no comparte las cosas con el resto de la comunidad. Los diez apóstoles y los demás que estaban en el Cenáculo, como lo dice la Sagrada Escritura que habían otros con ellos, le decían: *“Hemos visto al Señor”*, pero él les contestó: *“Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”* (Jn 20, 24-25). Realmente muy incrédulo es Tomás.

“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio, estando las puertas cerradas y dijo: “la paz con vosotros”. Luego le dice a Tomás: “trae tu mano, métela en mi costado, no seas incrédulo sino creyente”. Tomás le contestó: “Señor mío y Dios mío”” (Jn 20, 26-28).

Dice Fulton Sheen: **en una sola y ardiente exclamación Tomás recogió todas las dudas de una humanidad abatida, para curarse repentinamente de ella, mediante todo lo que significa aquella sencilla y sublime exclamación: “Señor mío y Dios mío”.**

Vio las llagas, toco y creyó en la divinidad de nuestro Señor; con estas palabras, venía a reconocer que el Emmanuel de Isaías, se hallaba delante de él. Tomás que había sido el último en creer, fue el primero en hacer la plena confesión de la divinidad del Salvador Resucitado; pero puesto que esta confesión procedía, en cierto sentido, de la evidencia proporcionada por “la carne y la sangre”, no fue seguida de la bendición que le fue concedida a Pedro, cuando confesó que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios.

“Pedro le dijo a Jesús: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”, y el Señor le contestó: “Bienaventurado eres tu Simón, hijo de Jonás porque esto, no te lo ha revelado ni la carne, ni la sangre”.

Pero como lo que estaba exclamando Tomás, era evidencia por lo que estaba viendo y tocando, nuestro Señor lo reprende y le dice, *“Porque me has visto has creído”*, y después nos bendice a nosotros y le dice: *“Bienaventurados aquellos que no han visto y han creído, bienaventurados los que creen sin ver”.*

“Hay algunos que no quieren creer aunque vean”, como el Faraón, dice Fulton Sheen. Otros creen solamente cuando ven.

Sobre estos dos tipos de personas Dios nuestro Señor ha colocado a los que no vieron y sin embargo creyeron; **bienaventurados**, no los que crean por haber visto, mucho menos los que no creen aunque vean, sino los que creen sin ver.

Noé, había sido advertido por Dios de las cosas que aun, no habían sucedido, las creyó y preparo su arca.

Abraham, abandonó su hogar, sin saber adónde iba, pero confiando en la promesa que Dios le había dicho, que sería padre de una raza más numerosa que las arenas del mar.

Si Tomás hubiera creído, por medio del testimonio de sus condiscípulos, su fe en Cristo, hubiera sido mayor, puesto que Tomás, había oído muchas veces decir al Señor, que sería

crucificado y luego resucitaría, también sabía por las Escrituras, que la crucifixión era el cumplimiento de una profecía, pero él quiso el testimonio, complementario de los sentidos; Tomás pensaba que estaba haciendo lo más adecuado al exigir la plena evidencia de la prueba sensible.

¿Qué sería de las futuras generaciones si había de pedir la misma evidencia?

¿Qué sería de nosotros, si quisiéramos pedir lo mismo? Creer sólo por causa de poder ver.

Los futuros creyentes, vino a decir el Señor, han de aceptar el hecho de la resurrección del testimonio dado por los que estuvieron con Él. Nuestro Señor estaba describiendo así la fe de los creyentes después de la época apostólica, cuando no habría nadie que lo hubiera visto, pero su fe tendría una base, porque los apóstoles habrían visto al Señor resucitado; veía que los fieles podían hacerlo sin ver, creyendo en el testimonio de ellos.

Los apóstoles eran hombres felices, no porque hubieran visto a nuestro Señor y creyeron; fueron mucho más felices cuando comprendieron cabalmente el misterio de la redención, vivieron conforme al mismo, incluso dieron la vida por la realidad de la resurrección.

Sin embargo, hay que agradecer de cierto modo a Tomás, que tocara a Cristo como hombre pero que creyera en él como Dios, porque su incredulidad transformada en credulidad, en fe, es remedio de nuestra incredulidad. Nosotros nos debemos apoyar en la fe de Tomás, más incrédulo, imposible; y hacer crecer nuestra propia fe, darnos cuenta, que no es necesario en nuestras vidas más evidencias y más cosas, que lo que está revelado, lo que nos han dicho y dejado los apóstoles y lo que nos enseña la Santa Iglesia.

Puede ser que, en algún tiempo de nuestra vida, en los primeros tiempos de la fe, uno tenga ganas que se le aparezca el Señor y le diga alguna cosa y me aumente la fe y nos decimos ¿si tanta gente lo recibió en la historia porque yo no?, pero cuando pasa el tiempo, ya tenemos que dejar eso de lado porque no hace falta que Cristo se aparezca, Cristo está en la Eucaristía y lo que dijo está en la Sagrada Escritura. Como ya hemos comentado, sería hasta un problema para nosotros discernir, si es de Dios o no esta aparición, todo está dicho, Él está ahí, no tenemos que desear apariciones, San Juan de la Cruz se cansa de decir, que no tenemos que tener sed de visiones o cosas, ya que todo lo que Cristo hizo, dijo u obró, está en la Sagrada Escritura y está enseñado por el magisterio. Con la Encarnación del Verbo de Dios, dijo todo lo que tenía que decir, de una sola vez y para siempre, por eso en la Sagrada Escritura, tenemos mucho más que esas revelaciones parciales que había en el Antiguo Testamento.

Aprovechemos entonces para creer en Nuestro Señor resucitado y para pulir nuestra fe si tenemos una mancha de esas imperfecciones y buscar solamente la fe pura, sin visiones, la fe que salva, la fe que, en definitiva, es la que nos hace estar aquí, meditando sin poder ver al Señor.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

IV. DIÁLOGO CON PEDRO EN EL MAR DE GALILEA

“Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan”. (Lc 24, 33-35)

Catequesis del Papa Benedicto XVI durante la Audiencia General del miércoles 24 de mayo de 2006:

“Pedro, el apóstol”

Queridos hermanos y hermanas:

En estas catequesis estamos meditando en la Iglesia. Hemos dicho que la Iglesia vive en las personas y, por eso, en la última catequesis, comenzamos a meditar en las figuras de cada uno de los Apóstoles, comenzando por san Pedro. Hemos visto dos etapas decisivas de su vida: la llamada a orillas del lago de Galilea y, luego, la confesión de fe: "Tú eres el Cristo, el Mesías".

Como dijimos, se trata de una confesión aún insuficiente, inicial, aunque abierta. San Pedro se pone en un camino de seguimiento. Así, esta confesión inicial ya lleva en sí, como un germen, la futura fe de la Iglesia. Hoy queremos considerar otros dos acontecimientos importantes en la vida de san Pedro: la multiplicación de los panes —acabamos de escuchar en el pasaje que se ha leído la pregunta del Señor y la respuesta de Pedro— y después la llamada del Señor a Pedro a ser pastor de la Iglesia universal.

Comenzamos con la multiplicación de los panes. Como sabéis, el pueblo había escuchado al Señor durante horas. Al final, Jesús dice: están cansados, tienen hambre, tenemos que dar de comer a esta gente. Los Apóstoles preguntan: "Pero, ¿cómo?". Y Andrés, el hermano de Pedro, le dice a Jesús que un muchacho tenía cinco panes y dos peces. "Pero, ¿qué es eso para tantos?", se preguntan los Apóstoles. Entonces el Señor manda que se sienten la gente y que se distribuyan esos cinco panes y dos peces. Y todos quedan saciados. Más aún, el Señor encarga a los Apóstoles, y entre ellos a Pedro, que recojan las abundantes sobras: doce canastos de pan (cf. Jn 6, 12-13).

A continuación, la gente, al ver este milagro —que parecía ser la renovación tan esperada del nuevo "maná", el don del pan del cielo—, quiere hacerlo su rey. Pero Jesús no acepta y se retira a orar solo en la montaña. Al día siguiente, en la otra orilla del lago, en la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús interpretó el milagro, no en el sentido de una realeza de Israel, con un poder de este mundo, como lo esperaba la muchedumbre, sino en el sentido de la entrega de sí mismo: "El pan que yo voy a dar es mi carne por la vida del mundo" (Jn 6, 51). Jesús anuncia la cruz y con la cruz la auténtica multiplicación de los panes, el Pan eucarístico, su manera totalmente nueva de ser rey, una manera completamente opuesta a las expectativas de la gente.

Podemos comprender que estas palabras del Maestro, que no quiere realizar cada día una multiplicación de los panes, que no quiere ofrecer a Israel un poder de este mundo, resultarían realmente difíciles, más aún, inaceptables para la gente. "Da su carne": ¿qué quiere decir esto? Incluso para los discípulos parece algo inaceptable lo que Jesús dice en este

momento. Para nuestro corazón, para nuestra mentalidad, eran y son palabras "duras", que ponen a prueba la fe (cf. Jn 6, 60).

Muchos de los discípulos se echaron atrás. Buscaban a alguien que renovara realmente el Estado de Israel, su pueblo, y no a uno que dijera: "Yo doy mi carne". Podemos imaginar que las palabras de Jesús fueron difíciles también para Pedro, que en Cesarea de Filipo se había opuesto a la profecía de la cruz. Y, sin embargo, cuando Jesús preguntó a los Doce: "¿También vosotros queréis marcharos?", Pedro reaccionó con el entusiasmo de su corazón generoso, inspirado por el Espíritu Santo. En nombre de todos, respondió con palabras inmortales, que también nosotros hacemos nuestras: "Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (cf. Jn 6, 66-69).

Aquí, al igual que en Cesarea, con sus palabras, Pedro comienza la confesión de la fe cristológica de la Iglesia y se hace portavoz también de los demás Apóstoles y de nosotros, los creyentes de todos los tiempos. Esto no significa que ya hubiera comprendido el misterio de Cristo en toda su profundidad. Su fe era todavía una fe inicial, una fe en camino; sólo llegaría a su verdadera plenitud mediante la experiencia de los acontecimientos pascales. Sin embargo, ya era fe, abierta a la realidad más grande; abierta, sobre todo, porque no era fe en algo, era fe en Alguien: en él, en Cristo. De este modo, también nuestra fe es siempre una fe inicial y tenemos que recorrer todavía un largo camino. Pero es esencial que sea una fe abierta y que nos dejemos guiar por Jesús, pues él no sólo conoce el camino, sino que es el Camino.

Ahora bien, la generosidad impetuosa de Pedro no lo libra de los peligros vinculados a la debilidad humana. Por lo demás, es lo que también nosotros podemos reconocer basándonos en nuestra vida. Pedro siguió a Jesús con entusiasmo, superó la prueba de la fe, abandonándose a él. Sin embargo, llega el momento en que también él cede al miedo y cae: traiciona al Maestro (cf. Mc 14, 66-72). **La escuela de la fe no es una marcha triunfal, sino un camino salpicado de sufrimientos y de amor, de pruebas y de fidelidad que hay que renovar todos los días. Pedro, que había prometido fidelidad absoluta, experimenta la amargura y la humillación de haber negado a Cristo; el jactancioso aprende, a costa suya, la humildad. También Pedro tiene que aprender que es débil y necesita perdón. Cuando finalmente se le cae la máscara y entiende la verdad de su corazón débil de pecador creyente, estalla en un llanto de arrepentimiento liberador. Tras este llanto ya está preparado para su misión.**

En una mañana de primavera, Jesús resucitado le confiará esta misión. El encuentro tendrá lugar a la orilla del lago de Tiberíades. El evangelista san Juan nos narra el diálogo que mantuvieron Jesús y Pedro en aquella circunstancia. Se puede constatar un juego de verbos muy significativo. En griego, el verbo *filéo* expresa el amor de amistad, tierno pero no total, mientras que el verbo "agapáo" significa el amor sin reservas, total e incondicional.

La primera vez, Jesús pregunta a Pedro: "Simón..., ¿me amas" [más que estos] (*agapâs-me*) con este amor total e incondicional? (cf. Jn 21, 15). Antes de la experiencia de la traición, el Apóstol ciertamente habría dicho: "Te amo (*agapô-se*) incondicionalmente". Ahora que ha experimentado la amarga tristeza de la infidelidad, el drama de su propia debilidad, dice con humildad: "Señor, te quiero (*filô-se*)", es decir, "te amo con mi pobre amor humano". Cristo insiste: "Simón, ¿me amas con este amor total que yo quiero?". Y Pedro repite la respuesta de su humilde amor humano: "Kyrie, *filô-se*", "Señor, te quiero como sé

querer". La tercera vez, Jesús sólo dice a Simón: "Fileís-me?", "¿me quieres?". Simón comprende que a Jesús le basta su amor pobre, el único del que es capaz, y sin embargo se entristece porque el Señor se lo ha tenido que decir de ese modo. Por eso le responde: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero (filô-se)".

Parecería que Jesús se ha adaptado a Pedro, en vez de que Pedro se adaptara a Jesús.

Precisamente esta adaptación divina da esperanza al discípulo que ha experimentado el sufrimiento de la infidelidad. De aquí nace la confianza, que lo hace capaz de seguirlo hasta el final: "Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: "Sígueme"" (Jn 21, 19).

Desde aquel día, Pedro "siguió" al Maestro con la conciencia clara de su propia fragilidad; pero esta conciencia no lo desalentó, pues sabía que podía contar con la presencia del Resucitado a su lado. Del ingenuo entusiasmo de la adhesión inicial, pasando por la experiencia dolorosa de la negación y el llanto de la conversión, Pedro llegó a fiarse de ese Jesús que se adaptó a su pobre capacidad de amor. Y así también a nosotros nos muestra el camino, a pesar de toda nuestra debilidad. Sabemos que Jesús se adapta a nuestra debilidad. Nosotros lo seguimos con nuestra pobre capacidad de amor y sabemos que Jesús es bueno y nos acepta. Pedro tuvo que recorrer un largo camino hasta convertirse en testigo fiable, en "piedra" de la Iglesia, por estar constantemente abierto a la acción del Espíritu de Jesús.

Pedro se define a sí mismo "testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse" (1P 5, 1). Cuando escribe estas palabras ya es anciano y está cerca del final de su vida, que sellará con el martirio. Entonces es capaz de describir la alegría verdadera y de indicar dónde se puede encontrar: el manantial es Cristo, en el que creemos y al que amamos con nuestra fe débil pero sincera, a pesar de nuestra fragilidad. Por eso, escribe a los cristianos de su comunidad estas palabras, que también nos dirige a nosotros: "Lo amáis sin haberlo visto; creéis en él, aunque de momento no lo veáis. Por eso, rebosáis de alegría inefable y gloriosa, y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas". (1P 1, 8-9)

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.